

## Sociedad

M<sup>a</sup> del Carmen Ugarte García  
*Técnica de Sistemas en IBM S.A.E., Socia de ATI*

<cugarte@ati.es>

## Un artículo me manda Novática hacer (Fahrenheit 451)

No soy aficionada a la ciencia-ficción. La célebre novela de Ray Bradbury popularizada en España, allá por los años 60, gracias a la película homónima de François Truffaut, fue para mí una mera anécdota cultural; no dejó huellas más profundas que la de aprenderme como un lorito que a 451 grados *Fahrenheit* arde el papel. Pergeñaba la película un mundo en el que los libros estaban condenados a ser quemados por los propios bomberos. Original la idea, sin duda, pero ¿podría llegar a ser algo más que el argumento de una novela futurista?

Desconozco, y ahora tampoco importa mucho, si los libros eran condenados a las llamas por parecidas razones a aquellas que hicieron al cura y al barbero expurgar la biblioteca de Don Quijote; o por aquellas otras que llevan a algunos herederos de ricos bibliófilos a quemar las colecciones de sus antepasados como salida más práctica ante una herencia engorrosa. No lo sé y tampoco importa..., si ahora viene a mi memoria esa anécdota olvidada es porque dos hechos han coincidido en estos días.

El primero de ellos fue cuando se me encargó el presente artículo para el número extraordinario con motivo del vigesimoquinto aniversario de *Novática*. Debería aventurar cuál iba a ser el futuro de la lengua (¿técnica?) en los próximos veinticinco años. No soy aficionada a la ciencia-ficción, ya lo he dicho, y mis dotes de pitonisa son nulas... ¡Bonito encargo me mandaba esta vez Violante!<sup>1</sup>

Pero el segundo de los acontecimientos llegó a los pocos días en mi ayuda --no hay mal que por bien venga-- para encontrar un hilo de Ariadna que me condujera a cumplir el encargo: la biblioteca de **IBM** iba a ser cerrada en breve. *Fahrenheit 451* había llegado enmascarada en novedosos atuendos.

Dicen que Bradbury escribió su famosa novela en la sala de lectura general de la Universidad de California; el que tardara sólo nueve días puede ser un dato poco relevante o puede querer decir algo, quizás él también sintió prisa por decirle al mundo que los libros son necesarios o pudo ser todo un símbolo de que en el futuro los libros se hojearían, más que leerían, en pantallas ubicuas, pequeñas o grandes, que nos acompañarían a la playa o se desplegarían en las paredes de nuestras oficinas. Gracias a las tecnologías sin hilos como el **WAP** (*Wireless Application Protocol*) o sus sucesoras, tendremos a nuestro alcance, con sólo apretar

cinco teclas, la biblioteca más prestigiosa del mundo, que nos confirmará que la culebra, vestida por Ágata Ruiz de la Prada, que se nos cuela por los bajos de los pantalones mientras hacemos senderismo es inofensiva.<sup>2</sup>

No preocupa a los especialistas la llegada de Internet, el libro seguirá ahí, dicen, lo de menos es en qué se materialice; sin embargo, yo no estoy muy segura de ello... Vuelvo a la biblioteca de IBM a recordar los muchos ratos en ella pasados y veo pasar ante mis ojos los subrayados, incluso en rojo, de los desaprensivos, y las notas olvidadas por los anteriores lectores entre las hojas; libros vivos, en definitiva, que arrastran dejando huella de las lecturas individuales, como puntos de lectura a partir de los cuales seguir la investigación.

Argumentarán los partidarios del progreso que precisamente los libros electrónicos facilitarán esta lectura colectiva, esta comunicación de ideas. Se podrán poner notas al margen para que otros las lean sin ningún remordimiento, sin dejar huella en el texto, que se mantendrá inmaculado. Será todo mucho más higiénico y alguien podrá subrayar en verde algo de lo que otro subrayó en azul y así sucesivamente. «La publicación electrónica es además mucho más respetuosa con el medio ambiente», no será necesario sacrificar tantos árboles, pero ¿por qué será que algo no me cuadra?

¿Por qué siento nostalgia por esas salas comunales de las bibliotecas?... ¿Será porque ya no se me volverá a pegar el polvillo en las yemas de los dedos...? Ya no correremos el riesgo de morir envenenados, como las víctimas de *El nombre de la rosa*, por una curiosidad que nos lleve a los límites de lo prohibido; no, las ideas para envenenar nuestros cuerpos deberán buscar otros caminos.

Volvamos a las bibliotecas antes de que nos las cierren. Los hacedores de futuro nos vaticinan un mundo de bibliotecas virtuales --también de librerías, que nadie piense que va a seguir hojeando los libros antes de decidirse a comprar, todo lo más, un resumen bienintencionado que anime a la compra--, que se abrirán para nosotros con sólo oír nuestra voz, ¡qué digo nuestra voz!, con sólo leer nuestros pensamientos, porque tendremos un terminal del tipo que sea y donde sea, capaz de captar nuestros deseos y emitir las órdenes oportunas al sistema. Podremos acceder, a la velocidad de la luz, a cualquier obra en cualquier idioma del mundo y traductores automáticos nos darán al momento una traducción bastante precisa de lo que estamos viendo, pero será difícil encontrar

las huellas físicas --las marcas digitales, digan lo que digan, son otra cosa-- que otros lectores anteriores a nosotros han dejado en ese texto. No encontraremos notas perdidas con recados tomados con urgencia y que tal vez fueron el inicio de toda una vida. No encontraremos billetes de metro como puntos de lectura ni mucho menos románticos pétalos disecados...

He divagado demasiado, lo sé, pero ya lo dije al principio: no soy aficionada a la ciencia-ficción y se me hace difícil entrever, de aquí a veinticinco años, un mundo sin libros.

## Entramos en Babelia

¿Qué lengua hablaremos de aquí a veinticinco años? En un mundo conectado en el que la anunciada informática ubicua, estará presente hasta en la sopa, para preparárnosla a nuestro gusto de punto de sal y temperatura, antes de llevárnosla a la boca, ¿qué lengua hablaremos, entre cucharada y cucharada, con ese otro comensal sentado al otro extremo del planeta?

Los optimistas, aquellos que confían en las maravillas que ciertas herramientas son capaces de hacer, nos dirán, sin duda, que cada uno de nosotros podremos seguir hablando en nuestra propia lengua, que sofisticados mecanismos se encargarán de traducir instantáneamente aquello que digamos o incluso pensemos. Ni tan siquiera necesitaremos aprender idiomas, ¿o sí? ¿Para qué aprender inglés si tendremos un traductor automático que nos recitará en la lengua en la que mejor sentimos, nuestra lengua materna, los poemas de amor de Shakespeare?

Los pesimistas, al contrario, auguran un mundo en el que el inglés se haya apoderado de todas nuestras comunicaciones --ya lo dijo Cela: «*En unos años, las lenguas vernáculos sólo servirán para los poemas de amor*»--; pero los más pesimistas aún augurarán el uso de una mezcla infame de las lenguas más importantes. ¿Se extenderán hasta la náusea el *espanglis* y el *franglés*? ¿o por el contrario se habrán enriquecido todos los idiomas de cultura en intercambio fructífero?

¿Seguirán los viejos profesores, o los lexicógrafos noveles, amonestándonos por el uso de *linkear* --aunque haga tiempo que todo el mundo diga *enlazar*--, o *librería* en vez de *biblioteca*...? No me cabe la menor duda de que pasados veinticinco años seguiremos discutiendo sobre si *comando* está bien formado o no, si *chatear* es algo más que ir de vinos; y los que nunca han mojado la palabra en ese vino agrídulce de las tabernas sentenciarán, desde arriba, de la conveniencia de traducir **IRC** (*Internet Relay Chat*) por *multiconferencia*.

¿Las siglas? ¿Cuántas llevamos? ¿Terminaremos hablando como los indios o como en esos juegos infantiles en los que mezclamos sílabas ficticias con verdaderas para enmascarar sus resultados? ¿Vamos hacia un mundo de siglas? No habrá problema, un sistema simultáneo (o la expresión de moda que sustituya a «*en tiempo real*») se encargará de darnos su significado.

¿Y los modificantes por aposición de los que nos estamos llenando?, ¿se habrá desterrado, por fin, la inútil preposición «de» que acompaña a los complementos del nombre? «Correo basura», «página *web*», «dirección IP»... ¿Cuántas combinaciones similares acuñaremos en los próximos veinticinco años para desesperación de ortodoxos lingüistas que ven en todos nuestros actos la influencia del maligno inglés?

Pongámonos serios, la Real Academia Española ha anunciado que para el 2002 su nuevo diccionario contendrá buen número de tecnicismos y que su propósito es normalizar, dictar sentencias salomónicas consensuadas con las academias americanas, a fin de unificar la terminología informática.

A juicio de la Academia, compartido por no pocos estudiosos y profesionales del idioma, la proliferación de términos perjudica gravemente la salud de nuestro idioma, según sentencia don Fernando Lázaro Carreter, en cita muy citada, que habremos tenido la oportunidad de leer en alguna ocasión. ¿Es esto tan fundamental?

Leo hoy mismo, en uno de esos foros de lengua, los distintos nombres que recibe una modesta fiambra --sí, a ese artilugio donde antes se llevaba la comida al tajo, que nadie piense en una nueva *feature* de cualquier electrodoméstico futurista-- en los distintos países; me hago de cruces viendo todas sus posibilidades, algunas contradictorias: *portacomida*, *vianda* y *portaviandas*, *merienda*... Cada país, cada región, defiende que su palabra es la mejor, y lo es, sin duda, para su cultura, para su entorno, para la forma en la que han crecido. Y no digamos cuando hablamos de las llaves inglesas... ¿Cómo alguien puede cambiar la rueda a una bicicleta con las instrucciones escritas en otro país? Para eso está el llamado «español neutro», pensarán los lumbreras dispuestos a que todos hablemos en el futuro como recién salidos de la factoría Beta de *Un mundo feliz*.

Pero si las voces a favor de la unificación son grandes no faltan, tampoco, incluso en los propios círculos académicos los que defienden que el futuro del español estará, precisamente, en el mantenimiento de su diversidad. Internet separa, dicen, pero también une, y palabras que antes sonaban chocantes por oírlas, sólo de Pascuas a Ramos, asociadas a otras tierras, hoy forman parte de nuestro entorno habitual. La información se comparte hoy más que nunca, se conversa y se conversará aún más en el futuro, y entre los hablantes de un mismo idioma no se necesitará ningún traductor automático, porque, sencillamente, hablarán, como hoy, la misma lengua.

Ese lenguaje unificado no vendrá, por tanto, desde arriba, como pretenden imponer los excesivamente conservadores, vendrá de la propia selección natural, del roce diario, pero no de la lengua hablada en un pequeño rincón o en los limitados metros cuadrados de nuestro barrio o de nuestra oficina, vendrá de hablarla en ese espacio común sin fronteras que es Internet o en esas comunidades virtuales ya puestas en marcha y sobre las que especulan desde arquitectos hasta financieros.

## «Una gramática perfecta»

¿Habla mejor o peor dentro de veinticinco años? Como a Lázaro de Tormes, castigado por su amo tras haberse bebido el vino, ¿servirá también ese vino del jarro roto para curarnos las heridas? ¿Vamos hacia un mundo en el que cada vez hablaremos y escribiremos menos por nosotros mismos y más por la mediación de objetos que no serán meros transmisores pasivos de lo que digamos o garrapateemos, sino que serán agentes activos en nuestras conversaciones y escritos?

¿Cuántas faltas de ortografía dejamos de cometer hoy ya, por confiar nuestros escritos a los correctores automáticos? ¿y cuántas cometemos, precisamente, por confiar demasiado en ellos?

Es de prever que el campo de la lingüística computacional avance lo bastante como para crear herramientas casi perfectas, capaces de reconducirnos, sin darnos cuenta, a un español uniforme y casi perfecto. Quizás sea entonces el momento de refugiarse en las viejas *chaterías*, como antes nos hemos refugiado en los viejos cafés, a la búsqueda de ese idioma espontáneo y sin intermediarios, ese español descuidado que escribe de corrido con grandes faltas de ortografía, pero que a la vez es capaz de ir inventando términos, según los va necesitando; ese español popular, por el que han pasado desde Santa Teresa a Galdós, que espanta a los ojos más puritanos, pero que es también el español más vivo, el que, sin duda, va creando futuro, el español que mira hacia adelante.

El lenguaje oral tampoco quedará exento de esta llamémosla «censura tecnológica». Vamos hacia interfaces de voz, el español tiene mucho a su favor en este campo --ya lo viene diciendo Julián Marcelo<sup>3</sup> desde hace años--. En el futuro se acabará eso tan antinatural de teclear, las máquinas podrán entender nuestros sonidos, nuestras órdenes, y por supuesto cumplirlas; para la lectura de pensamientos, que todo llegará, tendremos que esperar un poco más.

Pasaremos, sin duda, por una fase de transición en que nuestras palabras tendrán que ser claras, bien pronunciadas, limitadas, dichas de forma discreta, y gramaticalmente (no me atrevo a aventurar la gramática de quién) bien construidas. ¿Nos habremos olvidado demasiado pronto del rígido lenguaje de «comandos» --pensará más de uno-- con el que nos comunicábamos con las máquinas no hace tanto tiempo?

[Hago un inciso, para recordar aquí, la vieja historia de amor de dos compañeros, operadores de comunicaciones, que supieron, de máquina a máquina, meter sus propias palabras en aquel contexto de palabras vacías. Se deberían haber guardado aquellos registros para incluirlos en las antologías de la poesía amorosa, pero como suele pasarles a tantos amantes anónimos, sus palabras se las llevó el viento, quizás borradas esta vez por ellos mismos, que no quisieron dejar traza de su actividad nocturna. Sólo su historia, es transportada de forma oral, de compañeros a compañeros y cada oyente en este caso, le pone letra, según su propia experiencia, a la esquemática melodía.]

Pero esa etapa pasará pronto, será apenas una anécdota, una fase de aprendizaje por la que tendrán que pasar los pioneros, pero nada más. Pronto, las máquinas serán capaces de entender nuestras órdenes, incluso aunque, como pasa en la vida real, se nos lengüe la traba más veces de las deseadas. Si estamos dictando una carta, las máquinas las escribirán en un castellano tan perfecto que ni la mismísimo Cervantes... El software intermedio habrá avanzado tanto que tendremos que acudir a los viejos archivos de los grupos de *Usenet*, o a los registros de las conversaciones de las viejas *chaterías* con solera (si es que se conservan y nuestras modernas herramientas son capaces de leerlos, que esa es otra), para saber lo que era una desviación de la norma.

A la vuelta de veinticinco años, todo lo que digamos o todo lo que escribamos, incluso esos recados electrónicos que pasaremos con prisas en virtuales papelitos amarillos, saldrán perfectos porque las máquinas tendrán «una gramática perfecta».

En un mundo así puede que ni tan siquiera nos quede el consuelo de leer en las paredes de los retretes los espontáneos mensajes de amor o de odio, bellos o de dudoso gusto, que una mano inculta ha dejado escritos... La gramática de los todopoderosos, como la informática, será también ubicua.

No me gusta la ciencia-ficción, ya lo dije al principio.

## Algunas notas

1. El título, este párrafo y alguno más del artículo están inspirados en el célebre soneto de Lope de Vega, *Soneto para Violante*, en el que el poeta fue componiendo un soneto contando la forma de hacerlo. He aquí su primera cuarteta:

*Un soneto me manda hacer Violante,  
en mi vida me he visto en tal aprieto,  
catorce versos dicen que es soneto,  
burla burlando, van cuatro delante.*

2. Referencia a un anuncio de televisión en el que se ve cómo un excursionista es sorprendido por una culebra, roja y negra, que comienza a subirle por la pierna, mientras él, asustado, busca información sobre serpientes a través del móvil (¿diremos celular el día de mañana?).

3. Imprescindibles volver a releer los artículos que sobre este tema tiene Julián Marcelo esparcidos *urbi et orbe*, por ejemplo: «Lengua española, informática e Internet», *Novática*, n.º 130, noviembre-diciembre, 1997.